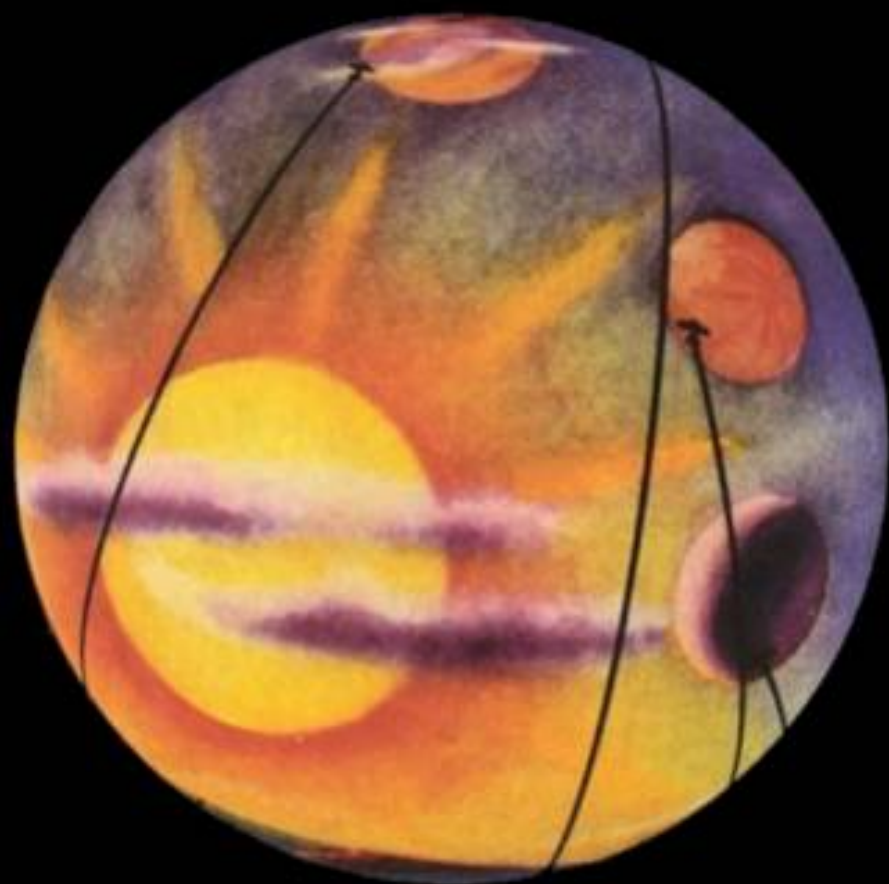


UN ANILLO ALREDEDOR DEL SOL

CLIFFORD D. SIMAK



«Un anillo alrededor del sol» ha sido descrita en alguna ocasión como la maravillosa historia de un juguete infantil que abre las puertas de infinitos universos probables. La historia protagonizada por el escritor Jay Vickers, que se ve inmerso en un conflicto de consecuencias impredecibles y que afecta por igual a los dos lados del telón de acero, constituye, además de una intensa historia de intriga, la explicación más clara y divertida que se ha escrito jamás de la teoría de la relatividad.

CAPÍTULO 1

Vickers se despertó muy temprano; era ridículo levantarse a esa hora, pero la noche anterior Ann le había telefoneado para hablarle de una persona que deseaba presentarle en Nueva York. Sus protestas no habían servido de nada.

—Ya sé que eso arruina tu programa de trabajo, Jay —dijo ella—, pero creo que no debes dejar pasar esta oportunidad.

—No puedo, Ann. Tengo el libro en marcha y no quiero perder impulso.

—Es que se trata de algo importante, lo mejor que se ha presentado hasta ahora. Te eligieron a ti y quieren hablar contigo antes que con nadie. Creen que eres el hombre adecuado para encargarte de eso.

—¿Publicidad?

—No, no es publicidad. Es otra cosa.

—No importa. No quiero que me presentes a ese hombre, sea quien fuere.

Y había cortado la comunicación.

Pero allí estaba, siempre temperamental, preparándose el desayuno para ir a Nueva York.

Mientras freía huevos y tocino, preparaba las tostadas y trataba de no perder de vista a la cafetera, sonó el timbre de la puerta.

Se ajustó la bata y fue a abrir. Podía ser el repartidor de diarios, que no lo había hallado en casa el día de cobro y acababa de ver luz en la cocina. O su vecino, aquel viejo extraño llamado Horton Flanders que se había mudado al barrio hacía más o menos un año y tenía la costumbre de ir

a visitarlo a las horas más incómodas e inesperadas. Era un anciano afable y de aspecto distinguido, aunque algo apollado y harapiento, buen compañero y agradable interlocutor, aunque Vickers habría preferido que sus visitas fueran más ortodoxas.

Podían ser el repartidor de diarios o Flanders. Dificilmente se trataría de otra persona a hora tan temprana.

Al abrir la puerta se encontró ante una niñita arropada en una bata de color de cereza y pantuflas de pompón. Tenía el pelo revuelto, como quien acaba de abandonar la cama, pero lo miró con chispas en los ojos azules y una bella sonrisa.

—Buenos días, señor Vickers —dijo—. Me desperté y no me podía dormir, y vi luz en su cocina y pensé que a lo mejor usted no se sentía bien.

—No me pasa nada, Jane —respondió Vickers—. Estaba preparando el desayuno, eso es todo. Voy a tomarlo, ¿te gustaría acompañarme?

—¡Oh, sí! Eso pensaba: si usted estaba desayunando a lo mejor me invitaba.

—Tu madre no sabe que estás aquí, ¿verdad?

—Mamá y papá están durmiendo —confirmó Jane—. Es el día que papá no trabaja y anoche salieron y volvieron tardísimo. Los oí cuando llegaron, y mamá le decía a papá que bebía demasiado y que nunca, nunca, volvería a salir con él si bebía tanto, y papá...

—Jane —interrumpió Vickers con firmeza—, no creo que a tu mamá y a tu papá les guste que hables de eso.

—Oh no les importa. Mamá siempre habla de eso. El otro día le dije a la señora Traynor que estaba medio decidida a divorciarse de mi papá. ¿Qué quiere decir divorciarse, señor Vickers?

—Vaya, no sé. No recuerdo haber oído nunca esa palabra. Me parece que no debemos hablar de lo que dice tu mamá. Y mira, te has mojado las pantuflas al cruzar el césped.

—Afuera está un poco mojado. Hay muchísimo rocío.

—Entra —indicó Vickers—. Buscaré una toalla para secarte los pies; después desayunaremos y llamaremos a tu mamá para decirle que estás aquí.

Ella entró y Vickers cerró la puerta.

—Siéntate allí mientras busco la toalla. Tengo miedo de que te resfríes.

—Usted no está casado, ¿verdad, señor Vickers?

—Vaya, no. Casualmente no estoy casado.

—Casi todo el mundo está casado —dijo Jane—. Casi todos los que conozco. ¿Por qué no se ha casado, señor Vickers?

—Bueno, no lo sé muy bien. Supongo que nunca encontré una chica.

—Hay muchas chicas.

—Hubo una —dijo Vickers—. Hace mucho tiempo hubo una chica.

Hacía años que no lo recordaba con tanta nitidez, tras haber forzado el tiempo para que oscureciera el recuerdo, para que lo suavizara y lo escondiera, a fin de no pensar en eso; cuando lo hacía todo era tan lejano y difuso que no era difícil descartar el pensamiento.

Pero allí estaba otra vez. En otros tiempos hubo una muchacha y un valle encantado por el que caminaron un día; un valle primaveral, con los rosados capullos de manzano silvestre flameando en las colinas, con cantar de mirlos y alondras que volaban a poca altura; y hubo también una loca brisa de primavera que agitó el agua y la hierba hasta que la pradera pareció fluir y convertirse en un lago, en pequeñas olas coronadas de espuma.

Por allí caminaban, y no cabían dudas: era un valle encantado. Vickers había regresado después al mismo lugar, pero el valle ya no estaba allí, o al menos no era el mismo; el sitio había cambiado por completo.

Habían pasado veinte años desde que caminara por él, y a lo largo de esos veinte años lo mantuvo oculto en la

buhardilla de su mente. Pero allí estaba otra vez, fresco y reluciente como si todo hubiera ocurrido el día anterior.

—Señor Vickers —dijo Jane—, creo que se le queman las tostadas.

CAPÍTULO 2

Cuando Jane se hubo ido y las platos estuvieron lavados recordó que venía postergando, desde hacia una semana o más, llamar a Joe por el asunto de los ratones. Le telefonó.

—Joe, tengo ratones.

—¿Qué?

—Ratones. Esos animales pequeños. Corren por toda la casa.

—¡Vaya, qué extraño! —replicó Joe— Con una casa tan bien construida como la suya no debería tener nada de eso. ¿Quiere usted que vaya a liquidarlos?

—Creo que no hay más remedio. Probé con trampas, pero no caen. Conseguí también un gato y me abandonó a los dos o tres días.

—¡Vaya, qué extraño! A los gatos les gusta estar donde hay ratones para cazar.

—Pues éste debía ser loco —dijo Vickers—. Actuaba como si estuviera hechizado. Andaba de puntillas.

—Los gatos son algo raros.

—Hoy debo ir a la ciudad. ¿Cree usted que podrá hacer el trabajo mientras yo no esté?

—Seguro. El negocio de exterminación anda flojo en estos días. Iré a eso de las diez.

—Dejaré sin llave la puerta del frente —indicó Vickers.

Después de colgar el auricular fue a buscar el periódico, que estaba en los escalones de entrada. Ya en su escritorio lo dejó a un lado para tomar la pila de originales, apreciando su peso y su grosor, como si por ellos pudiera conven-

cerse de que tenía algo bueno entre manos, que no era trabajo perdido, que decía cuanto deseaba, y lo bastante bien como para que otros, al leer sus palabras, descubrieran la verdad desnuda tras el frío de la letra impresa.

No estaba bien eso de malgastar el día. Habría debido quedarse a trabajar en vez de salir a entrevistarse con el hombre que su agente quería presentarle. Pero Ann se había mostrado insistente; aunque él argumentó tener el coche en reparaciones, dijo que era importante no perder la oportunidad. Lo del coche no era del todo cierto, pues Eb se lo terminaría a tiempo para hacer el viaje.

Echó una mirada a su reloj. Faltaba sólo media hora para que Eb abriera su taller, y en media hora no se puede escribir nada. Recogió el periódico y salió al porche para leer las noticias de la mañana.

¡Qué dulce era la pequeña Jane! Había elogiado su comida y charlado sin cesar. «Usted no está casado, ¿verdad, señor Vickers?», había dicho. «¿Por qué no se ha casado?».

Y él pensó entonces: «Una vez hubo una muchacha. Ahora lo recuerdo. Una vez hubo una muchacha».

Se llamaba Kathleen Preston; vivía en una gran casa de ladrillos, en la cuesta de una colina; una casa de muchas columnas, de porche amplio y abanicos sobre las puertas; una casa vieja, construida en el primer impulso del optimismo pionero, cuando el país era nuevo. Estaba precisamente donde la tierra había fallado, desmoronándose en zanjas y pozos, para dejar en las laderas grandes cicatrices de arcilla amarillenta.

Por entonces él era joven, tan joven que hacia daño pensar en eso. Y porque era joven no pudo entender que ella (esa muchacha perteneciente a una antigua casa ancestral, de abanicos sobre las puertas y pórtico de columnas) no pudiera tomar muy en serio a un muchacho cuyo padre tenía una granja agotada, donde el trigo crecía enfermizo y débil. O tal vez la ruptura se debió a la familia, pues también ella era demasiado joven para comprender bien aque-

llo. Tal vez ella discutió con los suyos, entre lágrimas y palabras duras. Vickers no lo supo nunca. Después de aquella caminata por el valle encantado volvió a visitarla, pero ya la habían enviado a una escuela del este; él ya no volvió a saber de la niña.

En aras del recuerdo había vuelto a caminar por el valle, tratando de captar algo que le devolviera el encantamiento del paseo anterior. Pero los manzanos silvestres habían perdido los capullos; la alondra no cantaba igual y el encanto se había desvanecido en alguna tierra de Nunca Jamás. Ella se había llevado la magia consigo.

El periódico se le cayó. Se inclinó para recogerlo y lo abrió. Las noticias eran tan monótonas como siempre.

El último rumor de pacificación seguía en marcha, pero la guerra fría estaba en su apogeo. Claro que esa guerra fría llevaba ya muchos años y prometía prolongarse por varios más. Los últimos cuarenta años habían sido un desfile de crisis, rumores, amenazas de conflagraciones definidas que jamás se producían; en la actualidad el mundo, ya cansado de esa situación, bostezaba ante los nuevos rumores de pacificación y ante las crisis, que se vendían por docena.

Alguien, en un oscuro colegio de Georgia, había establecido un nuevo récord en el deporte de tragar huevos crudos. Una encantadora estrellita cinematográfica estaba a punto de volver a cambiar de marido. Los trabajadores del acero amenazaban con declararse en huelga.

Había un largo artículo sobre la desaparición de gente; lo leyó hasta la mitad, mientras le duró el interés. Al parecer cada vez era mayor el número de personas que desaparecía de los lugares habituales; se evaporaban familias enteras y la policía de todo el país comenzaba a enloquecer. Según decía el artículo, siempre había desaparecido gente, pero siempre de a una persona por vez. En esos momentos se daba el caso de que dos o tres familias se evaporaran súbitamente de la misma comunidad, y dos o tres de cualquier otra, sin que nadie dejara rastro. Por lo común perte-

necían a los sectores más pobres. Hasta entonces quienes desaparecían habían tenido siempre algún motivo, pero en los casos de estas desapariciones masivas no había más razones que la pobreza; ni el cronista ni sus entrevistados lograban imaginar la posibilidad de que alguien desapareciera, voluntariamente o no, por el mero hecho de ser pobre.

Un titular decía: *No hay sólo un mundo, dice un sabio.* Leyó parte del artículo.

BOSTON, MASS. (AP). —Podría haber otra Tierra existente sólo un segundo más allá de la nuestra y otra un segundo más atrás, y otra más con dos segundos de retraso. El lector puede darse una idea: se trataría de una constante cadena de mundos, uno detrás de otro.

Tal es la teoría del doctor Vincent Aldridge...

Vickers dejó caer el periódico al suelo y contempló el jardín, rico en flores, maduro bajo los rayos del sol. Allí había paz, en ese florido rincón del mundo: al menos allí la había. Una paz compuesta de muchas cosas, de rayos dorados, del murmullo de las hojas estivales estremecidas por el viento, de pájaros, flores y girasoles, de cercas necesitadas de pintura y algún pino viejo que moría en silenciosa tranquilidad, tomándose su tiempo, en amistad con la hierba, las flores y los otros árboles.

Allí no había rumores ni amenazas, sólo una calmosa aceptación del curso cronológico, de la sucesión que formaban inviernos y veranos, luna y sol. Allí la vida era un don que debía ser mimado y protegido, y no un derecho a conservar en dura lucha contra los otros seres vivientes.

Vickers miró su reloj. Era hora de marcharse.

CAPÍTULO 3

Eb, el del taller, levantó sus nalgas grasientas y lo miró de soslayo por entre el humo de su cigarrillo, que le colgaba de entre los labios ennegrecidos.

—Mira, Jay, las cosas son así —dijo—. No te arreglé el coche.

—Quería ir a la ciudad —repuso Vickers—, pero si mi coche no está listo ...

—No lo necesitas más. Creo que es por eso que no lo compuse. Se me ocurrió que era sólo malgastar el dinero.

—No está tan acabado —protestó Vickers—. Aunque parezca una ruina le quedan muchos kilómetros por recorrer.

—Claro, todavía le queda uso. Pero tú vas a comprar uno de esos coches Eterno que acaban de salir.

—¿Coches Eterno? —repitió Vickers— ¡Vaya nombre curioso para un auto!

—No tiene nada de curioso —dijo Eb, tozudo—. Es eterno de veras. Por eso le llaman así. Ayer vino un hombre para explicarme y me preguntó si quería uno. Yo le dije que sí, por supuesto, y él me respondió que era una decisión inteligente, porque desde ahora en adelante no se vendería otro auto que no fuera el Eterno.

—A ver, espera un momento —interrumpió Vickers—. Aunque lo llamen Eterno, no ha de durar por siempre. Ningún coche es eterno. Veinte años, una vida entera, te lo creería, pero no por siempre.

—Jay, eso es lo que me dijo el hombre —declaró Eb—. Me dijo: «Compre uno de éstos y úselo toda la vida. Cuan-

do usted muera, déjelo en herencia a su hijo, y él, cuando muera a su vez, podrá dejarlo al suyo, y así eternamente. Tiene garantía sin vencimiento. Si le ocurre algo lo componen o te dan uno nuevo. La única excepción es el asunto de las cubiertas: hay que cambiarle cubiertas porque se gastan como en cualquier otro vehículo. La pintura también, pero tiene una garantía de diez años; si se arruina en menor tiempo lo repintan gratuitamente.»

Podría ser —dijo Vickers—, pero me parece difícil. No pongo en duda que podrían hacer los coches mucho más duraderos de lo que son, pero si los fabricaran demasiado bien no habría más compras. Ningún fabricante en su sano juicio haría un auto que durara para siempre. Eso acabaría con su negocio. En primer lugar, sería demasiado caro...

—Ahí es donde te equivocas —le interrumpió Eb—. Mil quinientos, eso es todo. No hace falta comprar accesorios ni hacerle mejoras. Te lo dan completo por mil quinientos.

—No ha de ser gran cosa en cuanto a aspecto, en ese caso.

—Es lo más elegante que hayas visto en tu vida. El que vino conducía uno y tuve oportunidad de mirarlo bien. El color que prefieras. Cromo y acero inoxidable por todos lados. Los artefactos más modernos. Y en cuanto a la dirección... ¡una seda, hombre! Pero haría falta acostumbrarse a ese coche. Quise echarle un vistazo al motor y no pude abrir el capó. «¿Qué hace?», me preguntó el tipo. Le dije que quería ver el motor y me contestó: «No hace falta. Nunca le pasa nada. Es innecesario abrir eso». Yo le pregunté: «Pero ¿por dónde se le pone el aceite?». ¿Y sabes lo que me contestó? «Bueno, lo que ocurre es que no necesita aceite», me dice, «sólo gasolina».

Eb concluyó:

—En uno o dos días recibiré diez o doce de esos coches. Será mejor que me reserves uno.

Vickers negó con la cabeza:

—Ando escaso de dinero.

—Esa es otra ventaja. La compañía recibe tu coche como parte de pago a muy buen precio. Creo que podría darte mil dólares por el cascajo.

—No los vale, Eb.

—Ya lo sé, pero el tipo me dijo: «Ofrezca más de lo que valga el coche usado. No se preocupe. Nosotros lo arreglaremos con usted». No parece buen sistema para ganar dinero, si uno lo piensa bien, pero si ellos quieren operar de ese modo yo no tengo por qué oponerme.

—Tendré que pensarlo.

—Así te quedarían quinientos por pagar. Y puedo darte facilidades. Me lo dijo ese hombre. Dice que por el momento no les interesa tanto el dinero como poner en circulación unos cuantos coches Eterno.

—Eso no me gusta nada —protestó Vickers—. Fíjate: la compañía aparece de la noche a la mañana con una marca nueva, sin la menor publicidad. Tendrían que haber puesto algún anuncio en los periódicos. Si yo sacara un automóvil nuevo llenaría el país de propaganda: grandes espacios en los diarios, anuncios por televisión, carteles en cada kilómetro...

—Yo pensé lo mismo, ¿sabes? —repuso Eb— Le dije «Oiga, ustedes quieren que venda estos coches, pero ¿cómo los voy a vender si no hacen publicidad? ¿Quién me los va a comprar si nadie los conoce?». Y él me contestó que, siendo el coche tan bueno, quien lo comprara lo comentaría con todos los demás. Dijo que ésa es la mejor propaganda. Que prefieren ahorrarse el dinero de la publicidad y bajar el precio de los automóviles. Que no hay motivo para cargar al consumidor con los gastos de una campaña publicitaria.

—No lo entiendo.

—Te deja pensando —admitió Eb—. Esta gente, los fabricantes del Eterno, no pierden dinero; puedes apostar la cabeza a que no. De lo contrario estarían chiflados. Y si ellos no pierden, ¿te imaginas lo que han estado ganando

las otras empresas durante todos estos años?, ¿las que cobran dos o tres mil dólares por una chatarra que se viene abajo a la segunda salida? Da vértigo de sólo pensarlo, ¿no?

—Cuando recibas los coches bajaré a echarles una mirada —dijo Vickers—. A lo mejor podemos hacer negocio.

—Seguro. No dejes de venir. ¿Dijiste que ibas a la ciudad?

Vickers asintió.

—En cualquier momento va a pasar el ómnibus —dijo Eb—. Puedes tomarlo en la esquina de la farmacia y llegarás en un par de horas. Esos tipos saben conducir.

—Cierto, puedo tomar el ómnibus. No se me había ocurrido.

—Y discúlpame por lo del auto. Si hubiera sabido que lo necesitabas lo habría reparado. Lo que tiene es poca cosa. Pero quería saber qué te parecía la otra posibilidad antes de cargarte con una factura.

Mientras bajaba por la calle hacia la esquina de la farmacia, Vickers notó algo raro en ella. Al acercarse, pudo individualizar el detalle extraño.

Varias semanas atrás había muerto el viejo Hans, que desde hacía incontables años trabajaba como zapatero en un local situado junto a la farmacia; desde entonces y hasta ese momento su negocio había permanecido cerrado. Y ahora estaba abierto. Al menos el escaparate lucía muy limpio, cosa desacostumbrada en los tiempos del viejo Hans, y había algo de exhibición. Y un letrero. Vickers, en su esfuerzo por localizar la diferencia, lo había pasado por alto. Era nuevo y muy claro. Decía: CHISMES.

Vickers se detuvo ante el escaparate para contemplar los artículos expuestos. Sobre un drapeado de terciopelo negro había tres cosas: un encendedor, una navaja de afeitar y una sola lamparilla eléctrica. Nada más.

Sólo esas tres cosas. No había letreros, ni propaganda, ni precios. No hacían falta. Cualquiera que viese el escapa-

rate los reconocería perfectamente, aunque el local no se limitara a vender exclusivamente esas tres cosas. Habría veinte o treinta artículos más, todos tan perfectos y eficaces como los tres exhibidos sobre el paño de terciopelo.

Un lento golpeteo se acercaba por la acera. Vickers se volvió al percibirlo próximo. Era su vecino, Horton Flanders, que efectuaba su caminata matutina, siempre con su ropa algo raída pero bien cepillada y su vistoso bastón de caña. Sólo él tenía la temeridad de lucir un bastón de caña por las calles de Cliffwood.

El señor Flanders lo saludó con el bastón y se detuvo a su lado para contemplar el escaparate.

—Veo que están abriendo sucursales —dijo.

—Así parece.

—Es muy peculiar, esa organización —observó el señor Flanders—. Tal vez usted sepa, aunque me parece improbable, que esta compañía ha despertado mucho interés en mi. Simple curiosidad, ¿comprende?. Debo aclararle que mi curiosidad abarca temas muy diversos.

—No lo había notado.

—¡Oh, sí, sí! Muchos temas. Los carbohidratos, por ejemplo. Una organización muy misteriosa, ¿no le parece señor Vickers?

—No he reparado mucho en eso. Estoy tan atareado que...

—Se está preparando algo —vaticinó el señor Flanders—. Puedo asegurarlo.

El ómnibus bajó por la calle, pasó junto a ellos y frenó en la esquina de la farmacia.

—Tengo que irme, señor Flanders —dijo Vickers—. Voy a la ciudad. Estaré de regreso por la noche. ¿Por qué no viene a charlar?

—Oh, lo haré —respondió el señor Flanders—. Casi siempre lo hago.